

estos propósitos estaba la actitud del Hotel de Ville, que Lafayette expuso al representante de Prusia en estos términos: «Hemos hecho una revolución y erigido un trono popular, que queremos rodear de instituciones republicanas, y no permitiremos que nadie se mezcle en nuestros negocios, como nosotros no nos mezclaremos en los de nuestros vecinos... Deseamos vivir en paz con todos nuestros vecinos, no hemos llevado á nuestra revolución ninguna ambición nueva... y si á pesar de esta templanza formarais nueva coalición, si renovarais lo hecho en Pilnitz, consideraremos demostrado que nuestra libertad es incompatible con la existencia de vuestra tiránica diplomacia.»

Metternich llegó hasta á conspirar contra la monarquía de Luis Felipe. Aunque débilmente, en las barricadas de Julio había sonado el nombre del duque de Reichstadt, llamado Napoleón II, y unos cuantos, no muy calificados, habían ido á Viena á sondear el ánimo de Metternich acerca del proyecto de proclamar emperador al hijo único del gran Bonaparte. El ministro austriaco no ocultó estas gestiones al representante francés, haciéndole notar que la familia de los Bonapartes tenía amigos, admiradores y dinero; que los viejos generales del imperio estaban á su lado, y que el ejército saludaría con júbilo las águilas resplandecientes. Soñaba de nuevo Metternich en la regencia de María Luisa con el duque de Reichstadt, y en la alianza de Francia y Austria contra Rusia en la cuestión de Oriente. «Si se ejecutan con firmeza los compromisos contraídos, agregó, si se reprime con energía la propaganda revolucionaria, rechazaré las negociaciones bonapartistas.... Trátase sólo del respeto mutuo entre los gobiernos y de procurar la obediencia de los pueblos, sin lo que no hay paz posible. El nuevo poder que se ha levantado en Francia debe estar tan interesado en ello como las más antiguas dinastías de Europa, porque toda autoridad tiene un gran instinto de orden».

Aunque frío con Rusia por lo de Oriente, según acabamos de indicar, Metternich acogió con entusiasmo la idea de renovar, no la Santa Alianza, definitivamente rota, pero sí un tratado para establecer un sistema de vigilancia y represión entre Prusia, Rusia y Austria, las cuales se prestarían mutuo auxilio, caso de revolución, fijado en ciento cincuenta mil hombres. El convenio, firmado el veintidós de Noviembre de mil ochocientos treinta, se reducía á un sistema de policía, «que no irá más allá de la necesidad presente, ni tocará á ninguno de los intereses particulares que puedan dividir á Europa». Y en tanto, todas las potencias hacían armamentos formidables: Austria guarnicionaba con veinte mil hombres á Milán y con otros veinte mil á Verona: á la obra redentora de los pueblos, iban á oponer los reyes el valladar de sus intereses.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-QUINTO

Comienzo de la reacción.

TRAS la revolución la reacción, ley que rige lo mismo en las sociedades que en los cuerpos físicos. Se inició el retroceso allí mismo donde se había dado el impulso, en Francia, bajo el ministerio Perier, de quien dijo Armando Carrel que «hacia ostentación de atraer sobre sí, tanto el peso de los negocios como los odios».—«¡Aquí d'Argout!» gritó insolentemente á este su colega al verle en disposición de hablar en el Parlamento, una vez que él le consideraba necesario. Como Alejandro decía: «Una capital y un rey solo en el mundo», él exclamaba: «En el gobierno no ha de haber más que una voluntad, la mía». De broma, bien que con sinceridad, solía llamar á sus compañeros de gabinete «mis cómplices». Su pasión, no censurable en un gobernante, era el prestigio del poder, el ejercicio de la autoridad. El mismo Luis Felipe experimentó las consecuencias de su tiranía, no dejándole entender en ningún asunto que no pasara antes por su mano. En su circular á los prefectos, diligencia obligada para dar á conocer el programa del nuevo ministerio, dijo: «Sabed y decid á todos que el gobierno, celoso de asegurar la duración y el desenvolvimiento de las libertades conquistadas en Julio ó instituídas por la Carta, sólo reconoce como enemigos á los que meditan la caída de las instituciones ó que conspiran contra la paz pública. No hará la guerra á las opiniones, mientras no se conviertan en actos contrarios á las leyes; pero considerará hostiles á cuantos, para triunfar, recurran á la fuerza». Afirmaciones propias de todo gobierno que aspira á mandar dignamente; pero peli-



grosas por la dificultad de precisar dónde acaba la propaganda legal y empieza el acto contrario á las leyes.

Temíendose que, «por los antecedentes del gran número de depositarios del poder y la actitud incierta de otros», no se atendiera con resolución enérgica á cuanto reclamaba la salud de la patria y se abriese camino á una tercera restauración, se crearon asociaciones nacionales en Metz y en París, teniendo esta de presidente á Lafayette y de asociados á la parte más granada de la izquierda. Legales á todas luces eran estas sociedades, pero molestas para el gobierno, por fundarse en la desconfianza que le merecían. Por esto ordenó Perier que se retirasen de ellas los funcionarios y empleados públicos. «La defensa de la revolución y del territorio, dijo en una circular, es el primer deber del gobierno, que no necesita compartir con nadie»; y para que se convencieran de que estaba resuelto á cumplir lo prevenido, destituyó á unos cuantos funcionarios. Con esto, las asociaciones nacionales redujeron considerablemente su acción y perdieron todo género de importancia.

Ante un gobierno que gobernaba, los enemigos de la monarquía de Julio, cada cual dentro de su campo, estrecharon sus filas, y aparecieron con existencia propia, más ó menos vigorosa, los carlistas, los republicanos y los bonapartistas. Los partidarios de la dinastía caída habían afirmado su división en dos campos: al lado de Carlos X, los prudentes, los hojalateros; con la duquesa de Berry, los animosos, los jóvenes, las gentes de armas tomar, fiándolo todo, los primeros, á una combinación europea, semejante á la que entronizara á Luis XVIII; los otros, á un arresto personal, á las conspiraciones, á la guerra civil. Un documento oficial expone, en los siguientes términos, los planes convenidos por los carlistas de acción al terminar el primer trimestre de mil ochocientos treinta y uno: «Confirmación de la abdicación del Rey y del Delfín; ejercicio de la autoridad real íntegra por la duquesa de Berry, con el título de regente; sublevación en el Oeste, caso de guerra extranjera ó de completa anarquía; levantamiento de Bretaña, por su calidad de provincia que quiere defenderse de los males que asuelan el resto de Francia». Designaba luego los generales que se pondrían al frente de los insurrectos, los límites de su jurisdicción y otras particularidades de procedimiento. Los republicanos se limitaban á defender sus ideales en folletos, hojas sueltas, artículos en los periódicos y reuniones públicas: Cavaignac, Guinard, Raspail, Trelat, Bardes, Blanqui y otros más, andando los días muy conocidos, sostenían el fuego sagrado de la libertad, la igualdad y la fraternidad. «He comprendido, decía Cavaignac, que la república es no sólo posible, sino inevitable. El mismo gobierno lo ha reconocido, al declararse monárquico de una monarquía rodeada de instituciones republicanas. Como el porvenir nos pertenece, ¿á qué conspirar?, nos basta con dejar marchar las cosas». Mas no todos los republicanos esperaban la caída de la monarquía sin esfuerzo alguno. En cuanto á los bonapartistas, muerto en mil ochocientos treinta y dos el duque de Reichstadt, heredó sus pretensiones el hijo del rey de

Holanda y de Hortensia de Beauharnais, Luis Napoleón Bonaparte, designado por su tío Napoleón el *Grande* para heredarle, caso de no dejar posteridad legítima. Vivos aún, en servicio activo, muchos generales, jefes y oficiales compañeros del capitán del siglo, el bonapartista tenía raíces en el ejército y ejercía general seducción, por olvidarse, un tanto lejos los sucesos, sus miserias y desdichas y no recordarse sino su grandeza. Contribuía también á darle fuerza la labor atractiva del egregio cantor Beranger.

Las pretensiones de bonapartistas, republicanos y carlistas perturbaban la marcha del gobierno; mas el grave obstáculo en que éste tropezaba era la Cámara de diputados, donde, cual le sucedió al gabinete Laffitte, no contaba con mayoría resueltamente adicta, lo que obligó á Perier á ir resueltamente á la disolución. Una vez acordado el extrañamiento del reino de la rama mayor de los Borbones, el gobierno presentó á la Cámara, el seis de Abril de mil ochocientos treinta uno, un proyecto de reforma electoral, estableciendo la elección directa por distritos y rebajando la cuota electiva á doscientos francos de contribución anual. Votado el proyecto por ambas Cámaras, poco después de la primera quincena de Abril, el treinta y uno de Mayo fué disuelta la de diputados, señalándose para las elecciones el cinco de Julio, y para la inauguración de la tareas legislativas, el nueve de Agosto. Conforme á la doctrina de que los gobiernos no deben abandonar al cuerpo electoral el ejercicio de sus funciones, Perier dijo con franqueza brutal en circular á los prefectos: «El gobierno no será neutral en las elecciones, ni quiere que lo sea tampoco la administración. Entre la imparcialidad administrativa y la tolerancia para todas las opiniones, la distancia es infinita. Convencido el gobierno de que sus principios son los del interés nacional, debe desear que el voto público los confirme eligiendo ciudadanos que compartan sus opiniones y sus propósitos: no hace de este misterio, y así como él lo declara, debe usted declararlo también.» Por esta doctrina, que luego se llamó en otras partes de la influencia moral, se hacía imposible la manifestación leal y sincera de la voluntad del país.

Perier no logró, sin embargo, que dejaran de triunfar los jefes de la oposición, general Lamarque, Odilon Barrot, Salverte, Thiard, Daunou, Bavoux, Laffitte y Manquin, sin sacar una mayoría que le permitiera vivir con desahogo. De los diputados reelegidos, ochenta pertenecían á la oposición y ciento cuarenta y cinco al ministerio; de los nuevos, ochenta y cuatro eran del gobierno y ciento cincuenta de la oposición. Total: doscientos treinta opositoristas y doscientos veintinueve conservadores. Entre aquéllos, había muchos de la extrema derecha, que apoyaban al gobierno contra la izquierda. Por esto Perier se sentía fuerte y podía decir, al exponer su programa en una de las primeras sesiones de la nueva Cámara: «La revolución de Julio ha venido, á no comenzar de nuevo, sino á terminar nuestra primera revolución. No es la señal dada á Francia y al mundo de lanzarnos á aventuradas experiencias y á interminables combates.... Francia lo dice muy



alto todos los días: tiene horror á toda nueva revolución.» Sentadas estas premisas, ¡cuán difícil era no dar un paso atrás, que sólo por serlo significaría el comienzo de la reacción! Y Perier lo dió desde luego en las complicaciones exteriores, que, solicitando el concurso de Francia en favor de los belgas, italianos, polacos y aun españoles revolucionarios, le obligaron á marchar de acuerdo con las potencias absolutistas. La discusión de los asuntos de Polonia condujo al gobierno á declaraciones totalmente opuestas al sentido de los partidos avanzados, que exacerbaron la opinión al extremo de reproducirse los motines, en uno de los cuales la embajada rusa fué apedreada é insultado el nombre del Czar, merecedor de todos los respetos como amigo que era de Francia. Las sesiones de la Cámara de diputados, por todo extremo tumultuosas, empujaron al ministerio por el sendero de la reacción y á las oposiciones por el de la revolución.

La traslación del domicilio de Luis Felipe, del palacio Real á las Tullerías, con parecer vanal, significaba la resurrección de algo tradicional que se creía haber desaparecido entre el humo de la pólvora de los tres días. Progreso era convertir la pairia de hereditaria en vitalicia, conforme al proyecto que el gobierno presentó á la Cámara; pero la opinión entendió que, por este cambio, se afirmaba el poder personal del monarca, á quien se confería el derecho de nombrar senadores, bien que entre los que reuniesen determinadas condiciones. Esta reforma fué funesta á la antigua aristocracia, que desapareció suplantada por una aristocracia burocrática, práctica en los negocios y basada principalmente en la riqueza. En este asunto quedó malparada la altanería de Perier, partidario de la pairia hereditaria.

También lo quedó en la cuestión de la lista civil. Consignaba el gobierno, en el presupuesto de gastos, que se dejase á la casa real el usufructo de todos los palacios, residencias, casas de campo y bosques que había disfrutado la dinastía anterior; mas dejaba en blanco la cifra de diez ocho millones de francos votada cuando el ministerio Laffitte, para escribir la que tuviese á bien fijar la Cámara, seguro de que ésta otorgaría al rey una situación en armonía con el puesto eminente que Francia ocupaba entre las naciones de Europa. Sus esperanzas fallaron, por el elocuentísimo discurso que pronunció Cormenin, contestando á los que mantenían que se conservase la cifra votada el año anterior. «¡Diez y ocho millones! decía, es la quincuagésima parte del presupuesto de Francia, lo que produce la contribución territorial de los tres departamentos más poblados, más ricos, más industrioses del reino; lo que pagan de contribución territorial diez ocho de los otros departamentos. ¡Diez y ocho millones! es cuatro veces más dinero del que aportan á las arcas del Estado el Calais, el Bolonés y el Artois, pueblos de seiscientos cuarenta mil habitantes, por todas sus contribuciones directas durante un año. ¡Diez ocho millones! es casi tres veces más de lo que produce al gobierno el impuesto sobre la sal, tan pesado para el pueblo; cerca del doble de la inmoral ganancia de la lotería; la mitad de lo

que produce el monopolio y venta del tabaco, tan contrario á la libertad de la agricultura y tan odioso á los departamentos. ¡Diez y ocho millones! es la mitad de lo que se destina á nuestras carreteras, á nuestros puertos, á nuestros canales, cuya conservación da trabajo y pan á más de quince mil personas; nueve veces la suma á que se eleva el presupuesto de instrucción pública, incluyendo la protección á la instrucción primaria, las subvenciones á los colegios y los gastos de las becas reales; casi el doble de lo que cuesta nuestro ministerio de Negocios extranjeros, con sus treinta embajadores y ministros plenipotenciarios... todos tan bien pagados, que el príncipe de Talleyrand percibe más de doscientos mil francos por consentir la humillación de Francia, y Mignet veinte mil, para registrar como historiógrafo los fracasos de la democracia. ¡Diez y ocho millones! es el coste de cincuenta y cinco mil hombres, con sus oficiales de toda graduación, sargentos, cabos y soldados; lo bastante para suministrar cada año trabajo y pan á setenta y un mil seiscientos cuarenta y tres trabajadores de nuestros campos; una tercera parte más, en fin, de lo que cuesta á Francia el personal de toda la administración de justicia». La lista civil se bajó á catorce millones.

A confirmar la verdad que encerraban estos razonamientos, vinieron los disturbios de Lyon y de Grenoble, originados de la crisis económica, que obligara á los empresarios á reducir el salario de los tejedores de seda á una cantidad insuficiente para vivir, unos tres reales, por trabajar de quince á diez y seis horas diarias. El prefecto, á instancia de los obreros, intervino; pero los fabricantes se negaron á aumentar los jornales, y el conflicto estalló. Muchedumbre de trabajadores recorrieron las calles con un estandarte negro, ostentando el famoso lema: «¡Vivir trabajando ó morir combatiendo!» Negándose la guardia nacional á emplear las armas contra los amotinados, se produjo el choque entre éstos y la tropa, que después de dos días de combate hubo de abandonar la ciudad. Por no haberse proferido ningún grito subversivo, el prefecto continuó en Lyon negociando un arreglo, lo que le valió el ser destituido cuando, el tres de Diciembre, el duque de Orleans y el mariscal Soult, á la cabeza de treinta y seis mil hombres, entraron en la población sin resistencia y en medio de aclamaciones. Restablecida con esto la autoridad del gobierno, los fabricantes accedieron á aumentar el salario, y la guardia nacional fué licenciada, perdonados los amotinados y distribuidos abundantes socorros. Tampoco tuvieron carácter político los tumultos de Grenoble, provocados por la falta de prudencia de su sub-prefecto, que prohibió sin motivo la celebración de un baile de máscaras y que, ante la protesta de la multitud desarmada, hizo cargar á dos compañías de línea. El gobierno consideró caso de honra no desautorizar á aquel sub-prefecto, de donde se originaron una porción de disgustos y de desgracias.

La inconveniente entereza manifestada ahora por Perier provenía de las condiciones salientes de su carácter, sobrado autoritario. Más que por necesidad, por gallardía, exigió